

esta novela dentro del proceso artístico de la escritora, pues en ella encontramos la combinación del estilo irónico de relatos como *La M de las moscas* o el sarcasmo de *Fiesta en Teusaquillo* y la militancia en ciertos de cuentos como *Asmático* (Caravelle, núm. 37, 1981); quizá el antecedente primordial sea ese relato del rompimiento de una dama de la alta sociedad con las buenas costumbres titulado *El buitrón* (del libro *La M de las moscas*). En este caso, la autora va más allá de estas obras, sin olvidarlas, pues logra incluir la ironía y el compromiso de su análisis social en la historia personal de la mujer en búsqueda de trascendencia y de respuestas.



*Las cuitas de Carlota* es una obra de iniciación que no tiene las ínfulas de la gran literatura y que juega con múltiples elementos de un bien dominado quehacer literario, un homenaje al romanticismo, en un epistolario escueto y carente de toda sensualidad; la creación de una especie de antipicaresca con una "pícaro" que, más que aprovecharse, ha dejado que se aprovechen; un testimonio de opresión en el que la oprimida parece no darse cuenta de tanta injusticia. Es en esta exploración de tipo genérico donde radica el valor literario de una novela difícil de descifrar a pesar de su enmascarada simplicidad. Al terminar la obra nos encontramos con que la autora no tiene intención alguna de dar un final, simplemente abre la perspecti-

va de una cita en otro lugar, pues la protagonista continúa en búsqueda y exploración de su propio ser que ni Bogotá ni Ginebra le han entregado. Y que comienza a comprender gracias a la elaboración escrita del desatino, que aún no se atreve a denominar novela o epistolario. Es ese encuentro con ese otro para quien se destina la palabra el momento en que su identidad comienza a develarse. Instante en el que el destinatario del relato, la prima Elisa, y el lector, se equiparan como testigos y cómplices, como acompañantes de ese proceso de autodescubrimiento inacabado.

YOHAINNA ABDALA-MESA  
Université de Toulouse-Le Mirail

## Novela negra y crónica roja en color sepia

### Camus, la conexión africana

R. H. Moreno-Durán  
Bogotá, Norma, Novela Negra, 2003,  
222 págs.

Quizá debo hacer una advertencia liminar: *Camus, la conexión africana* no es una novela póstuma como tampoco es uno de los últimos libros de Rafael H. Moreno-Durán, sino que fue escrito entre enero y junio de 2002. Lo leí antes de saber de la enfermedad que terminó con la vida del escritor y escribí la reseña en ese tiempo. Para no perder la espontaneidad de mis apreciaciones, he tratado de no modificar los juicios de valor, de modo que esta reseña no pretende ser un homenaje a su memoria, muy merecido por cierto, que dejaré para otra oportunidad y otro lugar.

\* \* \*

Los aficionados a la *science fiction*, un género que aún espera menos sagas idiotas y más obras maestras, como las de Brian Aldiss, J. G. Ballard,

Philip K. Dick o Robert Silverberg, saben muy bien que en diciembre de 1989 apareció un extraño volumen titulado *Time Gate*, obra colectiva en la que diversos autores especulaban con abiertos anacronismos y enfrentaban entre sí a diversos personajes de la historia universal, vueltos a la vida mediante las nuevas técnicas de inteligencia artificial postuladas por Silverberg, autor de un libro inteligentísimo en el cual turistas del futuro eran invitados a observar en vivo y en directo los momentos más importantes de la historia de Bizancio. En *Time Gate*, Robert Shekley enfrentaba a Cicerón con Bakunin; Poul Anderson oponía a Maquiavelo a Federico el Grande de Prusia; Gregory Benford ponía a discutir, en todo un arco voltaico, a Juana de Arco y a Voltaire, y Pat Murphy mezclaba a la reina Victoria con la Virgen María, la Madre Teresa, Buda, Jesús y Bakunin.

Análogamente, esta colección a la que pertenece el libro de Moreno-Durán explora la posibilidad de convertir las biografías de grandes personajes de la literatura en novelas policíacas de la serie negra. Y ciertamente impresionan los coprotagonistas de la colección, entre ellos Germán Espinosa, Leonardo Padura, Rubem Fonseca, Alberto Manguel, Julio Paredes (!) y José Saramago, quienes acudieron puntuales y con entusiasmo a la convocatoria.

La de escribir por encargo una novela con tantos presupuestos me parece una idea más bien odiosa, un autoatentado a la libertad de expresión, en nombre, paradójicamente, de los imprescriptibles derechos de la imaginación, aunque supongo que un jugoso contrato tampoco debe ser del todo ajeno a tal limitación. No me gustan los esquemas reductores, y menos cuando son autoimpuestos. ¿Por qué ponerse trabas pudiendo evitarlo? Jugar ajedrez a la ciega es ciertamente un espectáculo digno de virtuosos pero la calidad nunca es igual a la del ajedrez jugado con los ojos abiertos. Y a juzgar por los resultados de esta serie, pareciera que se tratara de que buenos escritores demuestran lo peor que son capaces

de hacer y, como en el cuento *La próxima vez* de Henry James, algunos no alcanzan siquiera a imitar la mediocridad.

Plumas mercenarias, plumas por encargo, género encasillado, personaje principal encasillado, como el Bolívar de García Márquez, todo un horror. En toda la colección se respira una opresiva falta de libertad de la primera a la última página. Uno de los resultados más aceptables es éste de Moreno-Durán, aunque tiene sus altas y sus bajas, y eso que el oficio le permite bandearse, mal que bien, como dirían los comentaristas futboleros, “quemando tiempo” en memoranzas del héroe, todo en un inconfundible olor a Casablanca y a Humphrey Bogart (entre otras cosas, Camus —o Bébert, como lo llaman algunos amigos— y Bogart eran algo parecidos físicamente), y a Chandler y Hammett pasados por la criba de la casbah y del mal olor y calor infernal de Argel.



A todo esto podemos agregar aquello que Borges le dijo a Cobo Borda, que Camus era un autor que personalmente era tan anodino como su literatura. Una vez aceptados tantos hándicaps, el libro es mucho mejor de lo que podría esperarse. Contado como una crónica de página roja y, más que novela negra, ésta tiene el color sepia de las viejas fotografías del norte de África. La

trama es sencilla y complicada a la vez. Los hechos suceden en 1956. Un hombre es asesinado luego de una discusión con el escritor en un cabaret. Después hay un misterioso accidente de automóvil del cual Camus se salva de milagro. El Sherlock Holmes de la historia es Aimé Lecomte, amigo del héroe, quien está convencido —y a su vez tratará de convencernos a lo largo de las doscientas páginas— de que se trata de una conspiración de la extrema derecha para asesinar al escritor políticamente comprometido. También es una especulación sobre lo que pudo haber ocurrido si Camus toma una posición diferente frente a los sucesos que se debatían sobre Argelia y que llevarían en un par de años a una cruentísima y sucia guerra de liberación nacional.

Lo complicado es el enrevesamiento de la trama y las mil especulaciones que pasan por la cabeza del detective, sin duda más apto para la cátedra filosófica que para desenredar un prosaico asunto de policía. Obviamente, se trata de la disculpa del autor para meterse en todo tipo de temas. En este libro hay muchos momentos distintos, como la historia del golem de Praga, la agria polémica Sartre-Camus, la amistad de este último con Eduardo Santos, o la presencia permanente de Joyce, casi obsesiva en la última época del escritor colombiano, que lo lleva en algún momento a no resistir la tentación de desviarse por completo de rumbo y a trasladar el centro de atención de Camus a James Joyce, dos escritores tan disímiles.

La base de este libro es sin duda *El primer hombre*, esa novela que retraza la infancia de Camus y que sólo vinimos a conocer hace unos pocos años. *La conexión africana* es una especie de continuación de aquella o, si se quiere, el relleno ficcional de la época menos conocida de su vida. Ahora bien, sorprende y hay que abonarle al autor su trabajo de investigación geográfica e histórica, así como su erudición “en general”. Sorprende su conocimiento perfecto de Argel, tanto en

su geografía como en sus costumbres, como si hubiera vivido en ella toda su vida...

Como nos tiene acostumbrados, el barroquismo tunjano de Moreno-Durán es retorcido pero muy inteligente y lúcido. El librito está atravesado por los gongorismos que nunca faltan en el autor: “la alba jararquía de sus dientes multiplicaba los enigmas de su regocijo...”. Una muchacha no sorprende al protagonista espiándola, sino “en plena *delectatio* viciosa”, etc. Y como también nos tiene acostumbrados, aparecen siempre esos personajes femeninos de personalidades complejas y sexualidades devoradoras cuyos nombres extraños y fascinantes prometen aventuras desvergonzadas, y que a lo mejor son reales pero que son criaturas mentales del autor, como Lia Bennassar o Simone Hié, Myriam Salama, Solange Périer...



Para terminar, una constatación de cómo la historia se cuenta de manera diferente todos los días. Escribe Moreno-Durán: “Napoleón —cuyos restos carcomidos por el arsénico se reconcilian con el polvo en la cripta del Dôme— había sido introducido en seis ataúdes. ¿Por qué seis?, se preguntaba el niño allá en la escuela de Belcourt. ¿Temían acaso que se volviera a escapar, como lo hizo de la isla de Elba?”

Uno de los grandes descubrimientos científicos de la última década, maravilloso tanto por su método

como por sus resultados, es el de la muerte de Napoleón, envenenado con arsénico. Se descubrió que el gran corso enviaba a una jovencita fanática suya en Inglaterra, desde su exilio en Santa Elena, fragmentos de su cabello como recuerdo. Al estudiar esos cabellos se advirtió que estaban impregnados de arsénico, un elemento que tiene la particularidad de conservarse sin descomponerse durante mucho tiempo en el pelo. La conclusión que anota el escritor es evidente: Napoleón fue envenenado poco a poco con arsénico, probablemente disuelto en su comida. Pues bien, por los días de la muerte lamentable del propio Moreno-Durán, se escuchaba ya una nueva versión de los hechos: es cierto lo del arsénico en los cabellos pero también es cierto que la cantidad que ellos contienen no basta para envenenar a alguien y sí es señal de un cierto medicamento que, como está atestado en documentos, administraba su médico personal a Bonaparte. La nueva conclusión, pues, cuando parecía irrefutable la anterior, que mucha gente compartió con el entusiasmo de lo tortuoso y espectacular, es bastante menos literaria y mucho más prosaica. Lo que importa señalar es que la investigación sigue abierta, pues la historia también es una novela negra, de lectura siempre abierta, como ésta.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## El mundo como escritura de la fragmentación

### Zanahorias voladoras

Antonio Ungar

Alfaguara, Bogotá, 2004, 158 págs.

La escritura como una forma de exorcismo y liberación de los propios fantasmas, como una catarsis que permite la recuperación de la pro-

pia historia para desembarazarse de toda identidad que no surja del acto autorreflexivo que busca dentro de sí su propio sentido, parece ser el verdadero tema de esta novela del escritor cartagenero Antonio Ungar<sup>1</sup>, quien nos entrega el testimonio íntimo y casi autobiográfico de toda una generación que no tiene una explicación para una realidad convulsa, caótica y violenta y encuentra en las drogas, el sexo o el alcohol, una salida provisoria a su angustia existencial.

Es la historia de un emigrante colombiano que se va a Europa en busca de algún sentido para su vida, pero se encuentra con que la realidad misma se ha vuelto una aventura imposible, una experiencia caótica que lo condena a la repetición, a la fragmentación, al fracaso y la exclusión, por lo que emprende el proyecto de propia autodestrucción, lo cual lo llevará a reencontrarse con el conflictivo país de su infancia, para encontrar, finalmente la posibilidad de una vida nueva.



En un lenguaje directo y descarnado, cuyo ritmo frenético sigue de manera eficaz los acontecimientos que reproduce, comienza la narración de esta travesía. En un primer “abrebocas con niño” nos presenta las imágenes de una infancia en que la figura del padre como un “fantasma con ganas de morir” y su muerte en un accidente, la presencia alu-

cinante de la madre y la admiración que sentía por su hermana, marcarán la trayectoria del personaje, que llevará a cuestras un profundo conflicto de identidad y un deseo de huida permanente que lo conducirá a abandonar todos sus proyectos.

A continuación nos trasladamos al momento en que despierta de un coma etílico en Barcelona siendo adulto y sabemos que aquellos recuerdos forman parte de su recuperación y que en adelante nos enfrentaremos con los enigmas y lagunas que surgen de una memoria que sólo puede ser fragmentaria. Así, sabremos cómo ha sido su vida en Barcelona y cómo conoció a la mujer que está a su lado, una alemana del Este con la que vive en una pensión del Raval, quien se ha empeñado en rescatarlo a través del yoga y la meditación.

Después de esta crisis, se inicia el capítulo enmarcado como “Las principiantes y el acróbata”, en el que lo vemos emprender proyectos por “ser alguien” que fracasan irremediablemente, acosado por el tedio y la ansiedad, y por su mujer que quiere reducirlo a ser la “extensión atrofiada de su infinita bondad”. Pero él insiste en su propia búsqueda y tras una sesión de ejercicios espirituales huye con una dominicana, con quien recorrerá las ciudades europeas y llevará una vida de *hippie*; de nuevo recae en el alcoholismo.

Posteriormente, con una inesperada herencia de su abuela, se le disparará la compulsión por acabar hasta el último centavo, comete todo tipo de excesos y huye finalmente a México. Allí se empeñará en perseguir a una mujer de Senegal en medio de las ruinas aztecas, que cree le dará la clave y el sentido de su vida, en medio de un delirio provocado por la marihuana (a mi juicio, uno de los capítulos mejor logrados); termina sin saber si fue cierto o sólo se lo imaginó.

De regreso a Barcelona, después de otro ataque de amnesia, de nuevo solo y abandonado por su mujer, hace un intento desesperado por salvarse del vacío y del tedio; para cumplir con un preciso papel social, asume la fal-